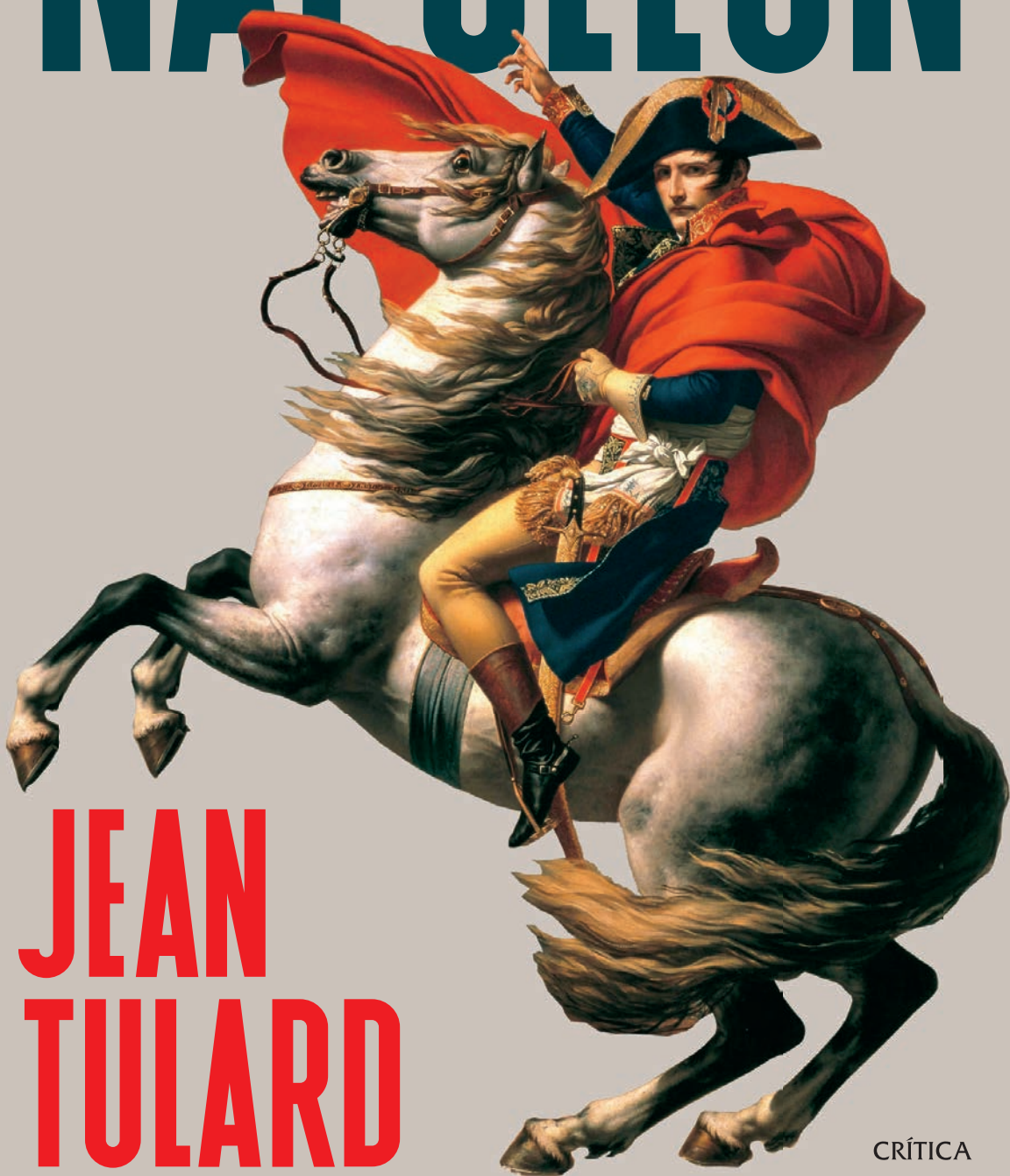


# NAPOLÉÓN



**JEAN  
TULARD**

CRÍTICA

JEAN TULARD

# NAPOLEÓN

Traducción de  
Jordi Terré

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2012

Primera edición en esta nueva presentación: enero de 2024

*Napoleón*

Jean Toulard

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa

de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Napoleon ou Le Mythe du Sauveur*

© Jean Tulard, 1996

© Librairie Arthème Fayard, 1996

© de la traducción, Jordi Terré, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-606-4

Depósito legal: B. 19.019-2023

2024. Impreso y encuadernado en España



## Capítulo 1

### EL EXTRANJERO

El verdadero nombre de Bonaparte es Buonaparte; él mismo firmó con ese nombre durante toda su campaña de Italia, y hasta la edad de treinta y tres años. A continuación lo afrancesó y ya solo firmó Bonaparte: le concedo el nombre que se dio y que grabó al pie de su indestructible estatua. ¿Se quitó un año Bonaparte para sentirse francés, es decir, para que su nacimiento no precediera la fecha de la anexión de Córcega a Francia?... Bonaparte nació el 5 de febrero de 1768 y no el 15 de agosto de 1769, a pesar de la confirmación positiva de M. Bourrienne. Por eso el Senado conservador, en su proclamación del 3 de abril de 1814, trata a Napoleón como *extranjero*.

En las *Memorias de ultratumba*, dos personajes aparecen deformados: Napoleón y el propio Chateaubriand. Olvidémonos de este último. Por lo que respecta al primero, si la leyenda dorada lo hizo nacer en un tapiz donde estaban representados los combates de la *Iliada*, la leyenda negra, cuyo principal chantre fue precisamente Chateaubriand, no se quedó a la zaga. Desde luego, se ha probado que Napoleón nació el 15 de agosto de 1769, pero no todo es falso en la corrección que llevó a cabo Chateaubriand de los momentos iniciales de la vida de Napoleón. En efecto, hay algo de *extranjero* en Napoleón, y Chateaubriand no se equivoca al hablar de una «existencia caída del cielo y que podría pertenecer a todos los tiempos y a todos los países». Aun así, Napoleón nació en Ajaccio, el 15 de agosto de 1769, en una Córcega todavía sobresaltada por su «anexión» a Francia.

## CÓRCEGA EN EL SIGLO XVIII

La isla no era una desconocida para Europa en ese siglo XVIII. Su posición estratégica en el Mediterráneo, entre Francia e Italia, hizo de ella un botín soñado para los imperialismos que se enfrentaban en la parte occidental de este mar. También era, para los círculos ilustrados, el símbolo de la resistencia al opresor. Unas décadas antes de la Independencia norteamericana, la rebelión de los insulares contra la dominación genovesa, en 1729, el derecho a la libertad que proclamaban los líderes de la insurrección y las reformas sociales emprendidas, concitaron la atención de pensadores y escritores como Vasco, Gorani o Boswell. Rousseau escribió en el *Contrato social*:

Todavía existe en Europa un país capaz de legislación: es la isla de Córcega. El valor y la constancia con la que este bravo pueblo ha sabido recuperar y defender su libertad, bien merecería que algún hombre sabio se la enseñase a conservar. Tengo el presentimiento de que un día esta pequeña isla asombrará a Europa.

Hacia 1764, a petición de Buttafuoco, un aristócrata corso, el filósofo se embarcó en la elaboración de un proyecto de constitución que nunca se llegaría a aplicar.

Por lo demás, ¿cómo habría podido aportarle la paz? La insurrección popular de 1729, que provocó una intervención austriaca, desembocó en el tratado de Corte, en 1732; pero dos años más tarde, Génova ya había olvidado todas sus concesiones y estalló una nueva revuelta. La contienda adquirió rápidamente una dimensión internacional: Francia intervino militarmente en la isla dos veces a favor de Génova. Los corsos encontraron en Pasquale di Paoli, hijo de uno de los héroes de 1729, al general en jefe que necesitaban. Paoli repelió a los genoveses en las plazas fuertes del litoral y emprendió una obra de reorganización política y social que suscitó la atención de Europa. Al haber elegido Corte como capital a causa de su céntrica situación, convocó allí, en noviembre de 1755, una Asamblea Constituyente. De sus trabajos surgió una constitución democrática que confiaba el poder legislativo a una asamblea elegida por sufragio universal y el poder ejecutivo a Paoli, que presidía un Consejo de Estado de nueve miembros. Elaborada la constitución, Paoli se puso manos a la obra: desecación de las marismas, construcción de carreteras, apertura de canteras, creación del puente de L'Île-Rousse para competir con Calvi

entonces en poder de los genoveses, formación de una marina comercial en la que ondeaba la bandera *testa mora*. Por lo que respecta a las reformas sociales, Napoleón las exagerará en el informe presentado en la Academia de Lyon en 1791:

Paoli estableció una distinción entre los territorios de cada localidad: pertenecientes al primer tipo eran las llanuras aptas para la siembra y para el pasto. Los del segundo tipo eran las montañas adecuadas para el cultivo del olivar, la viña, el castaño y otros árboles de cualquier especie. Las tierras del primer tipo, llamadas *Piage*, se convirtieron en propiedad pública pero de usufructo particular. Cada tres años, la *Piage* de cada localidad se repartía entre sus habitantes. Las tierras del segundo tipo, susceptibles de un cultivo particular, siguieron bajo la inspección de la codicia individual.

En realidad, se trataba de supervivencias del régimen comunitario y no de innovaciones introducidas por Paoli. Sin embargo, este error es revelador del sentimiento general: el *Babbo* había fomentado una mayor justicia social durante su paso por el poder. Esta consideración pesará mucho en 1793, y canalizará el movimiento popular hacia Paoli en detrimento de Salicetti y de los Bonaparte, partidarios sin embargo de la Convención montañesa. La acción eficaz del general no podía suscitar otra cosa que inquietud tanto en el interior de la isla, entre la nobleza corsa, como en el exterior, ya que la República de Génova se sentía amenazada en sus últimos bastiones. En virtud del primer tratado de Compiègne, del 14 de agosto de 1756, las tropas francesas ocuparon Calvi, Saint-Florent y Ajaccio. La guerra continental obligó a que Francia retirase sus fuerzas. Pero el segundo tratado de Compiègne, en 1764, las devolvería a la isla. Finalmente, por el tratado de Versalles, firmado el 15 de mayo de 1768, Génova hacía cesión a Francia de sus derechos sobre Córcega, aunque solo provisionalmente, en tanto la República no saldase la deuda que había contraído con Francia. Paoli se negó a aceptar un tratado para el que no se consultó a los corsos. Y eso significaba la guerra. Las tropas reales encontraron el apoyo de un partido francés que se había desarrollado a partir de los primeros estímulos que les había prodigado el cardenal Fleury. Paoli fue vencido en Pontenuovo, el 8 de mayo de 1769, y tuvo que huir a Inglaterra. Pero Córcega no se asimiló a las demás provincias; seguiría bajo mando militar, primero del conde de Vaux y luego de M. Marbeuf, entre 1770 y 1786. A partir de 1775, no obstante, los Estados Provinciales garantizaron a la isla una autonomía relativa.

## LOS BONAPARTE

En cuanto al origen de los Bonaparte, se han propuesto los ascendentes más peregrinos. En Santa Elena, Napoleón aún se reía del que le hacía descendiente del Hombre de la Máscara de Hierro y de la hija del gobernador de las islas de Santa Margarita, M. de Bonpart. Se le atribuyeron ascendencias de la casa reinante de Inglaterra, los Comneno, los Paleólogos, e incluso la estirpe Julia. En cambio, la leyenda negra hizo de Napoleón el vástago de un ujier y de una pastora de cabras. Verosíblemente, los Bonaparte procedían de una familia toscana. Se ha detectado, en 1616, la existencia de un Bonaparte, que fue miembro del Consejo de los Ancianos de Ajaccio. Más tarde, varios Bonaparte formaron parte, en los siglos XVII y XVIII, de ese Consejo. La consideración debida al cargo de miembro del Consejo de los Ancianos era grande, ya que ese distintivo fue considerado después de la anexión como equivalente a un título nobiliario francés. Por tal motivo, Napoleón Bonaparte era ciertamente un noble, aun cuando en Córcega, como afirmara un panfleto de la Restauración, todo el mundo nacía entonces hidalgo para no pagar impuestos.

Su padre Carlos Bonaparte era una persona importante en la localidad. Había pertenecido al entorno de Paoli, que le había confiado diferentes responsabilidades. Incorporado al partido francés después de 1768, fue abogado en el Consejo superior de Córcega y luego diputado de la nobleza en 1777; con este título, se le envió a Versalles en 1778, donde fue recibido por Luis XVI con los demás representantes de Córcega. Habría debido su fortuna a la protección de M. de Marbeuf, seducido, al parecer, por la belleza de Mme. Bonaparte. Letizia Ramolino había nacido en Ajaccio en 1749 o en 1750. Su padre ejerció las funciones de inspector de Puentes y Calzadas de Córcega. Su madre se volvió a casar, después de la muerte de su esposo, con un capitán de la marina genovesa, François Fesch, de quien tuvo un hijo, José, que sería ordenado cardenal en tiempos del Consulado.

La prosperidad de los Bonaparte en vísperas de la ocupación francesa no parece plantear dudas. Poseían entonces tres casas, la propiedad de los Milelli, viñas y terrenos, y un molino. No obstante, no hay que exagerar sus ingresos. Si los Bonaparte y sus allegados pertenecían a la gente más rica de Ajaccio (con toda probabilidad estaban unidos por matrimonio a las familias con mayor fortuna del interior), junto con los Pozzo di Borgo, amos exclusivos en las zonas rurales de Ajaccio, su fortuna no dejaba de ser modesta en relación con las del continente. Sin embargo, esa fortuna parece haberse gestado en detrimento del cultivo minifundista, lo que les

acarreó una hostilidad que se tradujo, en 1793, en el saqueo de su casa y la devastación de sus propiedades.

De hecho, Carlos Bonaparte, después de la anexión, se vio obligado a mendigar puestos y favores para conservar su rango y alimentar una familia que no dejaba de crecer: tras José y Napoleón (así llamado en recuerdo de un tío muerto en 1767), vinieron efectivamente Luciano (1775), Elisa (1777), Luis (1778), Paoletta, llamada luego Pauline [Paulina] (1780), Marie-Annonciade, futura Caroline [Carolina] (1782), y Jerónimo (1784).

## LOS ESTUDIOS

Los testimonios sobre la infancia de Napoleón son escasos y de una autenticidad dudosa. Si algo es seguro es que a finales de 1778, Carlos Bonaparte, en su visita a Versalles, se llevó con él a sus dos hijos, José y Napoleón, y también a su hermanastro Fesch. Este último obtuvo una beca en el seminario de Aix y los jóvenes ingresaron en enero en el colegio de Autun. De ahí Napoleón se marchó a Brienne en mayo de 1779. La Academia Real Militar de Brienne-le-Château fue uno de los colegios que el ministro de la Guerra, el conde de Saint-Germain, había designado en 1776 para acoger a los hijos de la nobleza que se destinaban al ejército. M. de Marbeuf expidió un certificado que aseguraba que los Bonaparte carecían de recursos. Además, Carlos Bonaparte tuvo que demostrar su nobleza enviando un informe al juez militar, M. de Hozier de Serigny.

Napoleón estuvo en Brienne desde el 15 de mayo de 1779 hasta el 30 de octubre de 1784. ¿Demostró su genio militar durante una batalla con bolas de nieve inmortalizada por Bourrienne, que fue su condiscípulo, pero cuyo incidente extrajo en realidad el redactor de las *Memorias* de un folleto inglés traducido en el año VI? ¿Fue su madre a verlo a Brienne en junio de 1784? «Se quedó tan asustada por mi delgadez y la alteración de mis facciones, habría confesado más tarde en Montholon, que aseguraba que me habían cambiado y que le costó reconocerme.»

En septiembre, después de haber sido examinado por Reynaud des Monts, subinspector de las Escuelas, se le consideró apto para entrar en la Academia Militar de París. Llegó a la capital hacia mediados de octubre. «Era un pequeño joven, moreno, triste, abatido, severo y, sin embargo, polemista y gran conversador.» Múltiples anécdotas circulan sobre su estancia en París; pero probablemente sean apócrifas. El 28 de septiembre de 1785, Napoleón fue destinado a Valence, al regimiento de artillería de



la Fère. Quedó en el puesto 42 entre 58. El resultado es poco brillante. Aunque hay que tener en cuenta sus orígenes, su aislamiento, la brevedad de su estancia en la Academia Militar y la muerte de su padre acontecida el 24 de febrero de 1785.

#### LA VIDA DE CUARTEL

Entonces comienza para él la insípida vida del oficial en tiempos de paz: trabajos de escritura, maniobras, banquetes y bailes, también algunos amoríos. Encuentra en la lectura una poderosa fuente de distracción para su aburrimiento. En una época en que la pluma predomina sobre la espada, se dedica a escribir. Esboza, en abril de 1786, una historia de Córcega, que viene después de otras, pero cuya conclusión nos informa acerca de sus ideas.

Si, por la naturaleza del contrato social, está probado que, sin apenas razón alguna, los naturales de un país puede destituir al príncipe, ¿qué pasaría con un privado (*sic*) que, violando todas las leyes naturales, cometiendo crímenes y atrocidades, fuera contra la institución del gobierno? ¿No viene acaso esta razón en respaldo de los corsos, en particular, dado que la soberanía o, más bien, el principado de Génova solo era convencional? Así pudieron los corsos, respetando todas las leyes de la justicia, sacudirse el yugo genovés, y también podrían hacer lo mismo con el de Francia. Amén.

Esta requisitoria contra la ocupación francesa vetaba cualquier esperanza de publicación. ¿Escribía por lo demás Napoleón para ser leído? Más bien confía al papel sus momentos de abatimiento. Así anota, el 3 de mayo de 1786: «Siempre solo en medio de los hombres, vuelvo para soñar conmigo mismo y entregarme a toda la vivacidad de mi melancolía. ¿A qué lado se ha inclinado ahora? Del lado de la muerte. Y dado que debo morir, ¿no sería lo mismo si me matara?». Parece como si estuviéramos leyendo el mensaje que deja un aspirante al suicidio antes de acabar consigo. Pero hay también un tono de afectación literaria que anuncia curiosamente al héroe romántico.

El odio a Francia crece en él en proporción directa a su nostalgia: «Franceses, no contentos con habernos arrebatado todo lo que amábamos, incluso habéis degradado nuestras costumbres. La situación actual de mi patria y la impotencia para cambiarla es, por tanto, una nueva razón para

huir de una tierra donde estoy obligado por deber a elogiar a los hombres que debo odiar por virtud».

Finalmente, obtuvo una licencia. Su estancia en Córcega durará del 15 de septiembre de 1786 al 12 de septiembre de 1787. ¿No debería acaso ocuparse, a partir de la muerte de su padre y en ausencia de José, su hermano mayor, del patrimonio familiar, especialmente de una historia un tanto embrollada de clan? Con la muerte del padre y la presencia en el hogar de cuatro hijos de menos de diez años, los apuros monetarios se agravaron, aun cuando los Bonaparte siguieran ocupando la cúspide de la escala social en Córcega. La desaparición del arcediano Lucien, tío de Napoleón, que había sabido gestionar hábilmente los negocios de los Bonaparte, se dejaba sentir cruelmente. El asunto del clan obligó a Napoleón a trasladarse a París para defender allí los intereses de su familia ante la inspección general. Allí se hizo «espabilar», en el Palais Royal, de dar crédito a sus palabras, por una señorita de costumbres ligeras. Se le concedió una prolongación vacacional de seis meses, a contar a partir del 1 de diciembre, «para asistir a las deliberaciones de los Estados de Córcega, *su Patria*» y «para tratar allí los derechos fundamentales de su modesta fortuna». El 1 de enero estaba pues de nuevo en Córcega. En mayo, se traslada a Auxonne donde su regimiento se encuentra acantonado desde diciembre de 1787. Se reanuda la vida de cuartel, monótona, felizmente intercalada por los cursos de la escuela de artillería dirigida por el barón Du Teil. Se acumulan las lecturas. Muestra su interés por la historia, la geografía, las teorías políticas y las doctrinas económicas, pero descuida las ciencias. Toma gran cantidad de notas, apuntando sin embargo a lo esencial («Santa Elena, pequeña isla», anotó en un cuaderno después de haber leído la *Geografía* del abad de Lacroix); con frecuencia, esboza un resumen destinado a socorrer una memoria por otra parte excelente. Pluma en mano, discute las afirmaciones del autor, dando muestras de un espíritu crítico bastante agudo. Estas lecturas le inspiran a veces cuentos de tema un tanto fantástico: *La máscara profeta* procede de la *Historia de los árabes* de Marigny, y *El Conde de Essex*, un relato de fantasmas, de la *Historia de Inglaterra* de John Barrow.

Sin duda no debemos exagerar la cultura de Napoleón. Ignora buena parte de las obras de Rousseau y la mayoría de las de Voltaire, de quien solo conoce el teatro y el *El ensayo sobre las costumbres*; solo ha leído los tres primeros volúmenes de la *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias* del abad Raynal; está poco familiarizado con Montesquieu y Diderot; parece no saber

nada de las *Relaciones peligrosas* de Laclos, un artillero como él, que encuentra en la literatura una distracción a su necesidad de acción. Todas sus lecturas parecen no tener otro objetivo que el de justificar una tesis formada *a priori* en la imaginación ardiente del joven isleño extraviado bajo el cielo poco clemente de Francia: Córcega alcanzó con Paoli, en esta constitución de 1755 que admiraron los filósofos, un ideal de gobierno comparable a lo que fueron en la Antigüedad las leyes de Licurgo para Esparta. Paoli adquiere en el espíritu de Napoleón la dimensión de un héroe de Plutarco; lo exalta sin haberlo conocido nunca y sin que su padre le haya hablado verosímilmente de él. Solo ha podido hacerse una idea de su actividad a través de la relación del viaje de Boswell que ofrecía de Paoli un retrato ya halagüeño. Por su parte, dado que Rousseau y Raynal defendieron la independencia de Córcega, se volvieron sus maestros pensadores, y, dado que la monarquía francesa destruyó el régimen de Paoli, para sustituirlo por su propia dominación, debe desaparecer. Antes de la caída de la Bastilla, antes de Robespierre y Danton, Bonaparte ya era republicano. El 23 de octubre de 1788, emprendió en Auxonne un gran libro destinado a mostrar «la autoridad usurpada de la que gozan los reyes en los doce reinos de Europa». No es que abrace las reivindicaciones de «la chusma», sino que ve en las fisuras de la realeza la revancha de Pontenuovo.

#### DEBATES ABIERTOS

El origen de los Bonaparte fue objeto de vivas discusiones. Solo tendremos aquí dos libros: L. de Brotonne, *Les Bonaparte et leurs alliances* (1901), y J. Valynseele, *Le Sang des Bonaparte* (1954, excelente, a pesar de algunas errores tipográficos, que hacen, por ejemplo, que Carlos Bonaparte muera en 1788, p. 25). Las conclusiones de este último suscitan adhesión: «Nobles de provincia, del tipo nobleza de toga, que se pretenden, sin pruebas pero no sin una cierta verosimilitud, procedentes de una familia toscana del mismo nombre». Sobre la genealogía de los Ramolino, véase F. Beaucour, «La Famille maternelle de Napoléon I<sup>er</sup>», *Bulletin de la Société de Pont-de-Briques*, 1974, pp. 263-336. Biografía de Carlos Bonaparte por X. Versini (1977). Sobre la Señora Madre: Larrey, *Madame Mère* (1892), sigue siendo fundamental, L. Peretti (1932) y A. Decaux (1951) aportan interesantes complementos.

La fortuna de los Bonaparte plantea muchos problemas. El estudio de P. Lamotte, «Les Biens de la famille Bonaparte», *Études corses*, 1956, con-

firma que se trata de gente importante en su comunidad. Parece, sin embargo, que los Bonaparte hubieron de pasar padecimientos con la anexión, sin volverse esos indigentes que pinta Masson. Fue a partir de la muerte del padre cuando comenzaron las dificultades serias.

Otro punto de controversia: la fecha de nacimiento de Napoleón (y el lugar de ese nacimiento: ¿se lo ha llegado a situar en Bretaña!). Apoyándose en un folleto de Eckard (*Napoléon est-il né français?*, 1826), Chateaubriand avanza la fecha del 5 de febrero de 1768. Jung, en *Bonaparte et son temps* (t. I, hostile a Napoleón), afirma que Napoleón habría nacido el 7 de enero de 1768, y su hermano José, que no sería el mayor, el 15 de agosto de 1769. Carlos Bonaparte habría efectuado una modificación en las actas de bautismo, para permitir a Napoleón el ingreso, conforme a la edad requerida, en Brienne. Hipótesis que F. Masson ha echado por tierra. El propio Napoleón indica «15 de agosto de 1769» como fecha de nacimiento en sus escritos íntimos y es la fecha que consignó Carlos Bonaparte en su *Livre des dépenses*.

Numerosas leyendas deformaron los estudios sobre Napoleón. Sobre Brienne, al margen de Masson y de Chuquet: A. Assier, *Napoléon à l'école de Brienne* (1874), y, sobre todo, Prévost, *Les Minimes de Brienne* (1915); hay que añadir el número especial del *Souvenir napoléonien* (1972). Estamos mejor informados sobre la estancia en la Academia Militar de París gracias a las investigaciones de R. Laulan (especialmente «La chère à l'École militaire au temps de Bonaparte», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1959, pp. 18-23) y del general Gambiez, «Napoleón Bonaparte à l'École royale militaire de Paris» (*Ibidem*, 1971, pp. 48-56).

Los puntos de interrogación planteados por la vida de cuartel en Valence y los viajes a Córcega son objeto de excelentes puntualizaciones en *l'Itinéraire* de L. Garros. Retengamos que es poco probable que Napoleón se trasladara a Estrasburgo en 1788 (Pariset, «Le lieutenant Bonaparte étudiant à Strasbourg», *Revue historique*, 1917, p. 78). Sobre Auxonne: M. Bois, *Napoléon Bonaparte lieutenant d'artillerie à Auxonne* (s.f.), es muy fiable. Hay que completarlo con J. du Teil, *Napoléon Bonaparte et les généraux du Teil* (1897), y B. Simiot, *De quoi vivait Bonaparte?* (1952). Estamos bien informados sobre las lecturas de Napoleón gracias a las abundantes notas que tomó. Pero ¿de dónde le vino su admiración fanática por Paoli? De Boswell, al parecer, según A. Dupuy, «Un inspirateur des juvenilia de Napoleón», *Bulletin Association Guillaume Budé*, 1966, pp. 331-339. Hay que leer también a F. Etori, «Pascal Paoli, modèle du jeune Bonaparte», *Problèmes d'Histoire de la Corse*, 1971, pp.

89-99. Recordemos que todo el mundo escribe en aquella época, de Robespierre a Carnot, de Hérault de Séchelles a Fabre d'Églantine.

Un detalle: el origen del nombre de pila Napoleón. El padre Delehayé ha demostrado (*Mélanges Pirenne*, t. I) que san Neopolus o Neopolis no existió nunca. Un copista habría tomado el nombre de Nápoles por el de un santo. Sin embargo, el nombre primitivo de Alejandría era Nea Polis: dado que los nombres de los mártires derivaban frecuentemente de los lugares en que vivieron y murieron, el origen del nombre podría remontarse a Alejandría. H. Grégoire (*Bulletin de l'Académie royale de Belgique*, 1936, pp. 351-357) ve en este nombre un origen alemán: Nibelungo. Sobre los problemas planteados por la casa natal de Napoleón transformada en museo: Y. David hace el balance en *Le musée national de la maison Bonaparte* (1968). Véase también G. Hubert, «La maison Bonaparte», *Rev. Inst. Napoléon* (1968). En el *Souvenir napoléonien* de septiembre de 1977, G. Godlewski limpia a la Señora Madame del reproche de infidelidad lanzado por Montbas (*Revue des Deux Mondes*, 15 de sept. de 1952) y P. Bartel (*Figaro littéraire*, 1 de mayo de 1954).